

gracion entre cuyas llamas peracian juntamente con los defensores, los moradores inermes é inofensivos.

El dia estaba ya bien adelantado y los españoles habian quedado en todas partss victoriosos; pero el enemigo, aunque desalojado de todos sus puntos disputaba el campo con porfia. Si los envolvía la caballería en una carga furiosa, huían á las trincheras provisionales que habian levantado en las calles, y atrincherados tras aquellas volvian caras á sus enemigos y renovaban sus descargas de piedras y saetas hasta que el cañon derribaba los endebles parapetos y abria paso á los caballos. La batalla fué, pues, una série de retiradas y embestidas, en las que tuvieron unos y otros grandes pérdidas, aunque la de los indios fué probablemente diez tantos mayor que la de los españoles. Pero los primeros podian reponer mas facilmente la pérdida de ciento, que los españoles la de uno; así es, que mientras los unos no daban señales de disminuir, pues sus filas eran engrosadas con los refuerzos que acudian de las calles inmediatas; los otros daban á conocer sus descabros en sus rotas filas y poco densos escuadrones. Por último, estando ya los españoles saciados de matanza y exhaustos de hambre y de cansancio, mandó tocar retirada el general. <sup>1</sup>

<sup>1</sup> "Los mexicanos peleaban con tanto furor," dice Berna Díaz, "que en aquel dia si hubiesen acudido en nuestra ayuda diez mil Hectores y otros tantos Orlandos, nada les hubiéramos hecho.

Al volvere á sus cuarteles vió éste en una calle inmediata, á su antiguo amigo el secretario Duero, desmontado y empeñado en un reñido combate con un cuerpo de mexicanos contra los que se defendia, desesperadamente con un puñal. Cortés, irritado al verlo, pronunció su grito de guerra y acometió sobre los indios que dispersó como paja, recobró el caballo de su amigo, y los dos caballeros prendiendo espuelas á sus caballos, se abrieron paso por entre los que se los disputaban y fueron á reunirse con el grueso del ejército. <sup>1</sup> Estos rasgos de valor personal eran mas frecuentes en aquellos encuentros de lo que pucieran haberlo sido en una guerra con gente mas instruida en el arte de pelear. La conducta caballeresca del comandante encontró imitadores en Sandoval, Leon, Olid, Alvarado, Ordaz ó otros capitanes que con proezas gloriosas alcanzadas á la vista de su caudillo, se proponian obtener el mando de provincias que gobernar á su arbitrio como si fuesen sus reinos.

Entre nuestros soldados habia muchos que habian estado en las guerras de Italia, y en batallas con los turcos, y aseguran que nunca habian visto tanta desesperacion como la que tenian estos indios." Ibid, ubi supra. Véase tambien para lo concerniente á la página anterior á Lorenzana, pág. 125. Ixtlilxochilt, Relacion MS. Probanza á pedimento de Juan de Lexalde, MS. Oviedo, Hist. de las Ind., MS. lib. 33, cap. 13. Gomara, Crónica, cap. 106.

<sup>1</sup> Herrera, Hist. Gral. Dec. 2, lib. 4, cap. 9. Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4, cap. 69.

Los intrépidos aztecas picaban la retaguardia á los españoles al volverse á sus cuarteles, y á cada paso les mortificaban con sus armas arrojadas; y por último, cuando los últimos se hubieron entrado á la fortaleza, ellos se acamparon en derredor de ésta, demostrando así que no se habia entibiado la resuelta furia de la noche anterior. No obstante que permanecieron fieles á su antigua costumbre de no pelear de noche, interrumpian la calma de ella, profiriendo insultos y bravatas que pudiesen llegar á oídos de los sitiados. "Al fin nuestros dioses," decian "os han puesto en nuestras manos: hace tiempo que Huitzilopochtli clama por sus víctimas: la piedra de los sacrificios está pronta: las navajas afiladas: las aves de rapiña vagan al rededor del palacio en espera del banquete que se les prepara; y las jaulas," añadian aludiendo á los tlaxcaltecas, "aguardan con impaciencia á los falsos hijos de Anáhuac, que serán guardados en ellas para solemnizar la fiesta." Estas espantosas amenazas sonaban horriblemente en los oídos de los sitiados, que demasiado bien sabian lo que querian significar; y que venian acompañadas de mil deprecauciones tiernas, pidiéndoles que soltasen á Moteuczoma y se los devolviesen.

Cortés recibió en la refriega de ese dia una grave herida en una mano, que le hacia padecer bastante pero esto era poco comparado con la angustia que

le causaba el negro porvenir que se estendia á su vista. Habíase engañado en cuanto al carácter de los mexicanos, pues su largo y manso sufrimiento habia sido el resultado de que habian reprimido su carácter, feroz y arrogante mas que el de ninguna otra raza de Anáhuac. La violenta represion en que durante tanto tiempo habian estado, era debida mas bien al respeto que profesaban á su monarca, que á miedo; y sus pasiones una vez sueltas debian desplegarse con todo su resorte. En los tlaxcaltecas habia encontrado un enemigo declarado que no tenia ultrage que vengar ni daño que reparar, que peleaba llevado de un vago instinto de que los blancos harian males á su patria. Pero los aztecas, hasta entonces engreidos señores de la tierra, habian sido insultados y vejados hasta ese extremo que produce la abnegacion de los sentimientos personales y que hace despreciable la vida en comparacion de la venganza. Armado de esta suerte con el valor de la desesperacion, el salvaje es casi igual al hombre civilizado, y un pueblo entero que ha sido conmovido en sus entrañas por un sentimiento comun y que vé amenazados de muerte sus intereses y su salvacion; este pueblo, sean cuales fueren sus recursos, es como el terremoto y el huracan, los mas formidables agentes de la omnipotencia de la naturaleza.

Consideraciones de este género fueron las que pasaron por la mente de Cortés al reflexionar sobre su impotencia para enfrenar la furia de los mexicanos; así es que resolvió, no obstante el áspero tratamiento que últimamente había dado á Moteuczoma, emplear la autoridad de este para aplacar el tumulto, y tanto más, cuanto que á los principios del alzamiento había sido tan provechosa para Alvarado. Afirmóle más en esta resolución el ver á la mañana siguiente que los sitiadores habían logrado escalar las murallas é intentado penetrar; y si bien es cierto que fueron recibidos de manera que no quedó vivo ni uno solo de los que habían entrado, la impetuosidad del asalto fué tal que por algunos instantes se creyó que la fortaleza iba á secumbir. <sup>1</sup>

Cortés mandó, pues, requerir al emperador azteca para que interpusiese su autoridad en bien de los españoles; pero Moteuczoma no estaba de humor de acceder. Desde la vuelta del general vivía aquel tristemente en sus cuarteles, disgustado más que del duro tratamiento que había recibido, de pensar en que estaba sirviendo de aliado á los opresores de su patria. Desde los aposentos de su cárcel había presenciado las trágicas escenas de que había sido teatro la capital, y además otra no menos mortificante para él, la de ver al heredero presunto de la

<sup>1</sup> Bernal Diaz, ubi supra. Oviedo, ubi supra. Gomara, Crónica, cap. 107.

corona ocupando el lugar que á él le correspondía, combatiendo á la cabeza de los guerreros en defensa de la patria. Abatido por aquella posición é indignado contra los que le habían puesto en ella, respondió friamente al oír la solicitud de Cortés: <sup>2</sup> "¿qué tengo yo que hacer con el Malinche: yo no quiero oírle; lo único que quiero es morir. ¡A qué triste condición me ha reducido mi deseo de servirle!" x Habiéndole instado el padre Olmedo y Olid, á que accediese, añadió: "Esto de nada serviría, porque mi pueblo ni me creería á mí, ni las falsas palabras y promesas del Malinche! Es imposible que salgais con vida de estas murallas." Habiéndole asegurado que los españoles abandonarían la capital siempre que les dejase espedito un camino por donde verificarlo, convino en interceder con el pueblo, deseando seguramente más bien ahorrar la sangre de los aztecas que la de los cristianos. <sup>3</sup>

Para que su presencia produjese mayor efecto, determinó ponerse las vestiduras imperiales. El *tilmalli* ó rico manto azul y blanco pendía de los

<sup>1</sup> Cortés envió á Marina á preguntar á Moteuczoma, ¿quién era el valiente jefe que se veía desde las murallas estar dirigiendo y animando á los guerreros aztecas? Moteuczoma respondió que era Cuitlahua, el heredero presunto de la corona, y el mismo á quien los españoles habían dado libertad algunos días antes. Herrera, Hist. Gral., dec. 2, lib. 10, cap. 10.

<sup>2</sup> "¿Qué quiere de mí ya Malinche, que yo ya no deseo vivir ni oírle? pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traído." Bernal Diaz, cap. 126.

<sup>3</sup> *Ibid*, ubi supra: Ixtlilxochitl, Hist. Ohich., MS., cap. 88.

hombros, atado por un rico broche de verde *chalcivittl*. Las demás partes del vestido estaban adornadas con profusion con esa rica piedra y con esmeraldas de extraordinario tamaño, montadas en oro. Sus piés estaban calzados con sandalias de oro, y ceñía sus sienes una diadema de forma semejante á la de la tiara pontifical. Ataviado de esta suerte, acompañado de los primeros magnates y precedido de la vara de oro, símbolo de la soberanía, subió el monarca indio al torreón central del palacio. El pueblo se apercibió al instante de la llegada del monarca, y la actitud que tomó aquel, fué cambiando como por encanto, conforme fué apareciendo sobre las almenas la comitiva régia. El estrépito de los instrumentos, los horrorosos gritos de los combatientes, todo quedó mudo en un momento, y la calma del sepulcro envolvió á la numerosa asamblea que pocos momentos antes se agitaba en el ardiente tumulto de la guerra. Muchos se prostraron en el suelo: otros doblaron la rodilla, y todos se volvieron con impaciente inquietud hácia al monarca al cual estaban acostumbrados á reverenciar con servil acatamiento, y cuyo rostro no podían contemplar porque era insoportable su esplendor, como lo sería el esplendor de la Divinidad. Motecuzoma conoció su influjo, y al encontrarse frente por frente con aquel pueblo aterrado y estupefacto, parece que recobró toda su antigua confianza y au-

toridad, pues se sintió otra vez REY. Cuentan los escritores castellanos que con una voz tranquila y fácilmente perceptible á causa del silencio de la asamblea, se dirigió á ella en los términos siguientes:

“¿Por qué os veo, vasallos míos queridos, haciendo armas contra el palacio de mis abuelos? ¿Creeis que vuestro rey está cautivo y tratáis de rescatarle? Si es así, habeis obrado rectamente; pero estais engañados: yo no estoy cautivo: estos extranjeros son mis huéspedes: si vivo con ellos es porque así me place; pero puedo dejar su compañía cuando fuere de mi agrado. ¿Habeis venido para arrojarles de la ciudad? Esto no es necesario, porque ellos saldrán espontáneamente siempre que les dejéis libre un camino por donde lo hagan. Así pues, volved á vuestros hogares, deponed las armas, mostradme que me obedecis como es debido que lo hagais. Los blancos van á volverse á su suelo y todos quedaremos muy contentos dentro del recinto de Tenochtitlan.”

Al declararse Motecuzoma amigo de los detestados extranjeros se percibió entre la multitud un murmullo que demostraba el desprecio con que veía á un príncipe pusilánime que parecía no sentir los insultos ni los ultrages por cuya venganza se habia levantado la nacion. El reprimido vuelo de sus pasiones se desató furiosamente y arrasó con todas las

barreras del respeto y la reverencia, y se descargó sobre la cabeza del desgraciado monarca, tan degenerado respecto de lo que fueron sus belicosos antepasados. "¡Azteca indigno," exclamaron, "muger, cobarde, los blancos te han vuelto una muger propia tan solo para hilar y teger!" Estas amargas imprecaciones fueron seguidas de otras demostraciones mas hostiles. Cuéntase <sup>1</sup> que apenas vibró su arco ó blandió una javalina contra el monarca, un gefe de la alta calidad, cuando cayó una lluvia de piedras y saetas sobre el lugar en que estaba el séquito del príncipe. Los españoles encargados de defender la persona de este, habian creido que era inútil la custodia, segun la manera respetuosa con que el pueblo habia escuchado la alocucion del monarca; así es que cuando quisieron interponer sus adargas para defenderle, ya era tarde: Moteuczoma habia recibido tres heridas, una de ellas hecha con una piedra cerca de una sien, á cuyas resultas cayó en tierra privado de sentido. Los mexicanos aterrados por el saorilegio que acababan de cometer, experimentaron de súbito un acerbo arrepentimiento y poseidos de un terror pánico, arrojaron un grito de espanto y echaron á correr en todas direcciones. ¡De tanta multitud como un momento antes

<sup>1</sup> Acosta cuenta que era tradicion que Guatemoxin, sobrino de Moteuczoma y que ocupó despues su trono, fué el guerrero que sparó la primera flecha. Lib. 7, cap. 26.

ocupaba la plaza de enfrente al palacio, no quedó ni un solo hombre.

Entre tanto fué conducido el desventurado príncipe á su aposento. Al volver de la privacion en que le habia hundido el golpe, sintió [todo el peso de su infortunio: habia llegado al último estremo de la degradacion; habia sido despreciado por su pueblo: hasta el último de la plebe habia osado levantar la mano contra él. Ya no tenia para qué vivir: en vano Cortés y sus capitanes se esforzaban por animarle y consolarle; él no respondia ni una palabra. [Su herida, aunque peligrosa, no habria sido mortal asistiéndola con esmero; pero Moteuczoma rehusaba todas las medicinas que le proponian: se arrancaba los vendages en el momento que se los ponian y permanecia en el silencio mas obstinado. El contemplaba con ojos abatidos su pasada fortuna, la sombra de su antigua magestad y grandeza y el cuadro de su humillacion presente. Habia sobrevivido á su desgracia; pero parece que aun ardia en su seno una centella de su antiguo brío, pues no supo sobrevivir á su afrenta. El general español y sus capitanes estaban presenciando esta escena dolorosa, cuando les vinieron á distraer los nuevos peligros que amenazaban á la guarnicion. <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Al referir esta trágica escena y los pormenores que la acompañaron, me he atenido al testimonio sustancialmente uniforme de

muchos escritores, (algunos de ellos, testigos presenciales), tanto de aquel tiempo como de épocas posteriores. Véanse: Bernal Diaz, cap. 126. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47. Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 136. Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 88. Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 10. Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4, cap. 70. Acosta, ubi supra. Mártir, de Orbe Novo, dec. 5, cap. 5. Esta relacion la confirma tambien Cortés en el instrumento público en que se otorgan á la hija predilecta de Motenczoma ciertos estados en clase de dote. (Véase el Apéndice, parte II, número xij); pero D. Thoan Cano que casó con esta princesa aseguró á Oviedo que los mexicanos respetaron la persona del monarca mientras le vieron, y que cuando arrojaron su descarga de proyectiles ignoraban que estuviere presente, pues se lo ocultaban los escudos de los españoles. (Véase el Apéndice, parte II, núm. 11.) El capellan Gomara tambien repite esta improbable relacion. (Crónica, cap. 107.) Pero el mismo Oviedo la rechaza, diciendo que Alvarado, que estaba presente, le contó despues de algun tiempo, que las cosas habian sucedido como se dice en el texto. (Hist. de las Ind., MS, lib. 33 cap. 47.) Los mexicanos cuentan el suceso de muy diversa manera. Segun ellos, tanto Motenczoma como los señores de Tetzcoco y Tlatiloco que estaban prisioneros en la fortaleza, fueron ahorcados por medio del garrote y sus cadáveres fueron arrojados fuera de las murallas á la vista de los aztecas. A continuacion copio el pasaje original de Sahagun, cuyas noticias dimanaban de los indios mismos.

“De esta manera se determinaron los españoles á morir ó á vencer varonilmente, y así hablaron á todos los amigos indios, y todos ellos estuvieron firmes en esta determinacion, y lo primero que hicieron fué que dieron garrote á todos los señores que tenian presos, y los echaron muertos fuera del fuerte; y antes que esto hiciesen les dijeron muchas cosas y les hicieron saber su determinacion y que de ellos habia de comenzar esta obra y luego todos los demás habian de ser muertos á sus manos. Dijéronles: no es posible que vuestros ídolos os liberten de nuestras manos. Y despues que les hubieron dado garrote y vieron que estaban muertos, mandáronles echar por la azotea fuera de la casa, en un lugar que se llama Tortuga de Piedra, porque allí estaba una piedra labrada á manera de tortuga. Y despues supieron y vieron los de afuera que aquellos señores tan principales habian sido muertos por las manos de los españoles, luego tomaron los cuerpos y les hicieron sus exequias, al modo de su idolatría, y quemaron sus cuerpos y

tomaron sus cenizas y las pusieron en lugares apropiados á sus dignidades y valor.” Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 23.

Apenas es necesario refutar una imputacion tan monstruosa, pero que sin embargo ha encontrado acogida en algunos escritores modernos. Independientemente de cualesquiera otras consideraciones, bien se habrian guardado los españoles de procurar la muerte de Motenczoma, siendo, como lo observa muy bien el tetlacuani Ixtlilxochitl, el golpe peor que pudieran recibir, pues estera romper el último vínculo que les ataba á los mexicanos. Hist. Chich., MS., ubi supra.